

textualizado. También es aquí donde, con el lector internacional en mente, el proceso editorial ha recortado la extensión del texto en la segunda edición en castellano y de forma más acentuada en la publicación en inglés. De todas formas, detenerse en el caso brasileño es relevante, no solo por el profundo conocimiento de la autora sobre el caso, sino también por las innovadoras iniciativas urbanas allí ensayadas. Brasil ha sido escenario de un potente Movimiento por la Reforma Urbana que fue incrementando su influencia institucional con los avances electorales de la izquierda en los años noventa y 2000. Los interesantes esfuerzos por operacionalizar la función social de la propiedad y el derecho a la vivienda y la ciudad, sin embargo, toparon con un contexto internacional y una correlación de fuerzas interna desfavorable. La autora argumenta que la finalmente derrota política de este movimiento estuvo ligada al enfoque dominante en el Gobierno del Partido de los Trabajadores (PT) por promover la inclusión social mediante la ampliación de los mercados (incluidos los hipotecarios) y el consumo, en vez de mediante la redistribución social y la universalización de derechos.

El *posfacio* introduce al lector a la nueva modalidad de financiarización de la vivienda: la captura del parque residencial en alquiler por sociedades internacionales de inversión inmobiliaria. Aunque no se profundiza en esta última frontera de las finanzas, en su conjunto el libro proporciona una explicación convincente de cómo se ha llegado hasta aquí.

Como valoración final, el libro destaca por sacar a la luz la verdadera dimen-

sión global de la cuestión de la vivienda, a menudo tratada como problemática eminentemente local. También por enmarcar teóricamente su abundante material empírico de forma que proporciona al lector no solo una visión del *cómo* sino también del *porqué*. Por otro lado, quizás la proveniencia de la autora de la «periferia del mundo» se podría haber aprovechado para dar más centralidad a las aportaciones teóricas y cronologías de allí surgidas. Adicionalmente, queda por desarrollar un análisis más detallado del otro bando de la «guerra de los lugares», el de las resistencias y alternativas. Aun así, el libro servirá sin duda de recurso útil para informar a las luchas sociales en curso alrededor del mundo por el derecho a la vivienda y a la ciudad.

¿Repensar el derecho a la ciudad desde una perspectiva de «la solución está en los detalles»?

DOI: doi.org/10.24241/rcai.2019.123.3.253

Giovanni Allegretti
Investigador, Centro de Estudos Sociais, Universidad de Coimbra

Navas Perrone, María Gabriela y Makhlof de la Garza, Muna (eds.)
Apropiaciones de la ciudad. Género y producción urbana: la reivindicación del derecho a la ciudad como práctica espacial

Pol:en Edicions, 2018
275 págs.

Simone, Abdoumalig y Pieterse, Edgar
New Urban Worlds. Inhabiting

Dissonant Times

Polity, 2017

192 págs.

Biagi, Francesco

Henri Lefebvre. Una teoría crítica dello spazio

Jaca Book, 2019

252 págs.

El biólogo y planificador urbano Patrick Geddes señaló la necesidad de «ensuciarse las manos y los pies» caminando por un territorio, con el fin de entender sus problemas e intentar encontrar soluciones para ellos. Tres libros publicados recientemente parecen apuntar a una necesidad similar, al tiempo que entran en el floreciente debate sobre el derecho a la ciudad, que está experimentando una suerte de nueva primavera en todo el mundo.

El primero de estos libros, *Apropiaciones de la ciudad*, está editado por María Gabriela Navas Perrone y Muna Makhoulouf de la Garza, antropólogas sociales y miembros del Observatorio de Antropología del Conflicto Urbano (OACU) de la Universitat de Barcelona. En este libro, compuesto por ocho ensayos escritos por 14 investigadoras y un investigador, cuya opinión crítica sobre las ciudades y sus dimensiones percibidas adopta una perspectiva centrada en la producción social de género (como lo denominaría Tovi Fenster), se reflexiona sobre «la reivindicación del derecho a la ciudad como práctica espacial» (según reza el subtítulo). La

obra plantea cómo, por quién y para quién están diseñadas las ciudades (para qué tipo de personas, cuerpos y necesidades) y si las ciudades (y su configuración espacial de poder) son vividas de igual manera por hombres y mujeres, así como por expresiones no heteronormativas de sexualidad y grupos sociales racializados. Se cuestionan la mercantilización ampliamente aceptada del espacio y la rápida desaparición de la dimensión anticapitalista del concepto del derecho a la ciudad, puesto que obstaculizan la vida social y la convivencia en la ciudad, en el preciso momento en que las luchas contra la desigualdad de género y la violencia se están incluyendo en las agendas públicas bajo la etiqueta del derecho a la ciudad. A partir de los ejemplos de las nuevas formas de activismo político del municipalismo español y de algunos procedentes de discursos urbanos argentinos, brasileños y ecuatorianos, el libro reivindica la necesidad de actualizar una visión antigua del derecho a la ciudad (que las instituciones han ido paulatinamente incorporando y viciando), afirmando que la ciudad bien podría concebirse como estrechamente vinculada a sus apropiaciones, lo que significa, a la vez, redescubrir la idea central lefebvriana del derecho a la ciudad como «el derecho a la vida urbana» o, en palabras de Pedro Jiménez-Pacheco, «la lucha misma por el valor de uso en el espacio urbano».

El segundo libro es *New Urban Worlds. Inhabiting Dissonant Times*, cuyos autores son dos importantes académicos posestructuralistas que llevan décadas trabajando para desplazar los horizontes epistemológicos de los estudios urbanos hacia el Sur:

Abdoumalig Simone y Edgar Pieterse. Se trata de una ambiciosa recopilación de historias sobre nuevas prácticas urbanas emergentes de la vida cotidiana y de planificación insurgente en contextos muy fluidos como África y el Sureste Asiático, que se centra sobre todo en procesos de autoconstrucción que fueron produciendo gradualmente gran parte del entorno construido. Al articular «compromisos generosos con los detalles de la vida urbana con el poder de la redescipción», los autores redefinen la ciudad como una «máquina de crear historias» o «una cadena de bloques o *blockchain* de historias unidas por un frágil centro de gravedad, entretejidas de tal manera que solo se evidencia a través de hallazgos con un gran componente casual (...) que nunca habrían sido posibles sin que una historia llevara a la otra» (p. 183-184). Las preguntas fundamentales de Simone y Pieterse tratan sobre qué aspectos de la vida urbana no se ven reflejados por las teorías dominantes y cuál podría ser considerado el «excedente» que queda una vez aplicados los marcos convencionales (a menudo, herencia del colonialismo del Norte). La obra trata de rescatar centenares de proyectos piloto y experimentales que «según parece esperan recibir financiación y convertirse en objetos de movilización política exitosa», y que se oponen explícitamente a la tendencia de las políticas y la planificación dominantes a imaginar una «tabula rasa», que a los autores se les antoja como un «impulso modernista residual para volver a empezar», ignorando la creatividad de las prácticas sociales. Emanando del libro una profunda crítica hacia la tendencia a crear entornos construidos

con el fin de que sus habitantes no se «desvíen de sus historias»: en consecuencia, la obra pretende evitar englobar una amplia heterogeneidad de formas y experiencias urbanas en cualquier tipo de discurso *universal* y una «historia teórica general sobre los procesos de urbanización». Desde esta perspectiva, el libro empieza su narrativa describiendo ambigüedades y paradojas urbanas, así como «distopías carbonatadas» que «se hacen más visibles cada año en que los objetivos de reducción de las emisiones de dióxido de carbono se incumplen estrepitosamente». Al final, lleva a los lectores a analizar varias prácticas «improvisadas» de los residentes, que –para constituir la base para un enfoque multiescalar para las estrategias adaptativas climáticas y una ciudad más equitativa– deben incorporar «generosidad, reciprocidad y un sentido de apertura y experimentación» con el fin de funcionar y de permitir que fluyan los vínculos afectivos, la información y la cooperación.

El tercer libro es *Henri Lefebvre. Una teoría crítica dello spazio* (Jaca Book, 2019), escrito por el politólogo italiano Francesco Biagi. El autor propone una inmersión total en el contexto en el que Lefebvre concibió sus teorías más importantes, siguiendo el rastro de toda la parábola histórico-crítica de su producción intelectual y subrayando la capacidad del filósofo francés de moverse entre y a través de las disciplinas, más allá de cualquier categorización académica. Así pues, Biagi encuentra el origen de la pertenencia rebelde de Lefebvre en el marxismo ortodoxo, sus posturas antiestalinistas en el seno del Partido Comunista Francés, su diálogo

tenso con intelectuales como Jean-Paul Sartre, Louis Althusser, Guy Debord y el funcionalismo de Le Corbusier, así como su pasión por la filosofía como ejercicio democrático y plural de pensamiento crítico compartido que se ejerce «en común». Pero, ante todo, el libro trata de guiar a los lectores en la difícil tarea de interpretar a Lefebvre y su «teoría urbana crítica» en el paso del siglo xx al xxi, a partir de la reflexión de Walter Benjamin acerca de que en cada época es fundamental arrancar la tradición del conformismo que pretende subyugarla. Entre otras cosas, el libro de Biagi merece atención por su esmerada explicación sobre algunas metodologías usadas por Lefebvre (como el método progresivo-regresivo) y su aplicabilidad moderna, y su interés por examinar la «producción de espacio», las asimetrías entre lo rural y lo urbano y la «insurgencia» vinculada a las utopías urbanas, que debe suponer un cambio de estilos y nivel de vida si quiere ser significativa.

Los tres libros presentan acusadas diferencias en cuanto a estilo, estructura y temática: por ejemplo, *Apropiaciones de la ciudad* y *Henri Lefebvre. Una teoría crítica dello spazio* se esmeran en contextualizar sus historias desde los puntos de vista geográfico y sociocultural, mientras que *New Urban Worlds* (debido al ambicioso alcance del libro) a menudo carece de especificidad territorial y sus análisis se centran en regiones inmensas presentadas como «África urbana» y «Asia», y solo esporádicamente acerca el foco a ciudades capitales. No obstante, los tres libros tienen elementos en común, al abordar el derecho a la «vida urbana» como un

constructo que requiere un compromiso con los «detalles» de la vida humana y la construcción de nuevos discursos en los que los cuerpos, las pasiones, los sonidos y las percepciones son elementos fundamentales. Las tres obras se centran en una visión plural, paradójica, fortuita y –quizá, ante todo– contenciosa, en la que la «participación cívica» tiene un valor más bien epistémico que instrumental, y que parece no hacer referencia a procesos de invitación a espacios de diálogo forjados por las instituciones, sino a la irrupción de los ciudadanos en escenarios que son –intrínsecamente– «polémicos», puesto que se ven continuamente atravesados por luchas y tensiones vitales.

Para valorar dicha perspectiva, los tres libros plantean una reivindicación común hacia un enfoque multidisciplinario con el fin de no alejarse de los detalles sobre cómo funcionan la vida cotidiana, las instituciones y las tecnologías; de trabajar con las ambigüedades de la vida urbana; de caminar por la calle y encontrar formas convincentes de «redescribir las dinámicas afectivas del urbanismo cotidiano y el tipo de horizontes a los que quizá apuntan», «siendo muy conscientes de que los fundamentos epistemológicos están en continuo cambio bajo nuestros pies». Como bien se afirma en *New Urban Worlds*, el hecho de evitar desplegar las experiencias e historias humanas «en un marco interpretativo o ideológico ya preparado» puede ayudar a recuperar la experimentación como «aspecto normativo de la vida y el funcionamiento de las ciudades» (p. x), para conectar las experiencias locales con las luchas globales, avanzar en el conocimiento y forjar nuevos

conceptos e imaginarios que pueden anclar y acelerar prácticas nuevas, a diversas escalas. Para ello, los métodos de investigación deberían ser también «creativos» y «experimentales» (p. 10) y reservar espacio a enfoques etnográficos.

Con este mensaje, los autores de los tres libros parecen cuestionar «la política del conocimiento urbano» por la que se ha mandado callar a la mayoría silenciosa de los ciudadanos, según indican Simone y Pieterse (p. xiii), y exigen a los investigadores que sean tan experimentales y eclécticos como lo son los residentes de las ciudades en sus vidas cotidianas, tomando prestados ideas y recursos de diferentes disciplinas y rearmándolos de maneras que arrojen luz nueva sobre asuntos acuciantes. El hecho de rescatar el pasado por medio de metodologías de análisis esmeradas se considera un punto de partida para descubrir los retos de las acciones situadas recientemente. Por ejemplo, en *Apropiaciones de la ciudad*, un capítulo sobre «Espacios de juego y desigualdades de género» expone una investigación acción participativa llevada a cabo en Granollers (Barcelona, España), que se centra en demostrar cómo las jerarquías en el uso del espacio empiezan a edades muy tempranas y en lugares considerados inofensivos, como los patios escolares, donde los diferentes elementos que configuran el espacio recreativo muestran profundas implicaciones de género (por ejemplo, las zonas principales de los patios de las escuelas analizadas están dedicadas a deportes competitivos y agresivos). Bajo esta perspectiva, los autores de los tres libros proponen un esmerado ejercicio de «redescripción» de sus objetos,

lo que incluso a veces supone aceptar «un compromiso riguroso y poco romántico con el cambio tecnológico» para dialogar de nuevas formas con la centralidad de la tecnología, no solo, según afirman Simone y Petersen, porque las plataformas digitales «devienen cada vez más omnipresentes, lo que permite la existencia de depredadores», sino también porque el nuevo horizonte de las cadenas de bloques puede reconcebirse como un «método esencialmente colectivo de imponer historias, de establecer dónde tiene cabida una determinada transacción entre miles de otras» (p. 189).

Sin embargo, posiblemente la conexión más importante entre los tres libros es la atención que dedican a señalar la naturaleza anticapitalista del derecho a la ciudad, lo que la reciente apropiación del concepto por parte de las instituciones neoliberales dominantes suele diluir e invisibilizar. Infravalorando dicha naturaleza —hoy en día— se corre el riesgo de desdibujar otras luchas importantes, como aquellas contra el machismo y la heteronormatividad. Como reconocen algunos otros autores (como Mark Purcell), al leer a Lefebvre hoy en día, es esencial actualizar la geografía de los actores que son fundamentales al perseguir el derecho a la ciudad: porque el legado marxista alimentó la predilección por el «efecto salvífico» de la clase trabajadora en la lucha contra el predominio del valor de cambio en detrimento del valor de uso, la cual podría hacer sombra a otras luchas convergentes promovidas por otros actores, que combaten el capitalismo mientras luchan, por ejemplo, contra sus componentes colonialistas y patriarcales.